

X “Los Libertadores del Si-
glo XX”

CONFERENCIA PRONUNCIADA EN EL TEATRO
SUCRE DE ESTA CIUDAD EL DIA 26 DE
DICIEMBRE DE 1930, POR EL SR. FRANCISCO
X ORTIZ MONASTERIO, ENCARGADO DE LOS
DEL CENTRO DE INFORMACION INTEGRAL
NEGOCIOS DE MEXICO.

EXCMO. SR. MINISTRO DE EDUCACIÓN,
EXCMOS. SRES. MINISTROS DE ESTADO.
SR. RECTOR DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL.
SEÑORAS, SEÑORES:

«POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU», reza el lema de la Universidad de México. Frase reconfortante. Frase que encierra dentro de seis mágicas palabras todo un mundo de esperanzas. Pensamiento altísimo que hace nacer en nuestra alma la visión de un mañana mejor. Pero no es tan sencilla la interpretación del verdadero significado de esta síntesis prodigiosa. No se limita a ser una promesa; no anuncia el advenimiento del generoso maná: es el imperioso mandato que se hace a sí mismo un conglomerado de pueblos jóvenes de purificarse, de dignificarse, de elevarse para ser merecedor algún día de que por su voz hable el espíritu de las futuras generaciones. Nos ofrece, ciertamente, el más preciado de los dones; pero nos obliga a luchar con férrea voluntad para alcanzarlo. Si así la interpretamos, podemos echar a vuelo las campanas y gritar con la voz firme y sonora con que se pregonan las verdades proféticas: ¡POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU! Pero si no sabemos así interpretarla, debemos entonces guardar el doloroso silencio de los resignados: de lo contrario seríamos unos temerarios impostores.

¿Y cómo cumplir este mandato imperioso? ¿Por qué camino desarrollar nuestros esfuerzos para llegar a ese día venturoso de que se nos habla? He aquí el problema que tienen por delante todos los pueblos indo-hispanos.

¿De qué raza se habla? Cual es esa clasificación étnica a la que se promete la insuperable gloria de ser portavoz del espíritu? ¿Es acaso la Raza blanca trasplantada a la Amé-

rica por los Conquistadores? No, ciertamente. ¿Es por ventura la Raza o Razas abórigenes del Continente? Tampoco. Es la fusión de ambas; es aquella que, pletórica de virtudes y de fuerza vital, aunque en muchos casos vilipendiada por los mismos que la forman, nació del primer beso que un aventurero extremeño depositó en la casta boca de una morena y palpitante virgen indígena.

¿Y esa Raza existe ya como un factor definido para la civilización? No, por desgracia. Ese es nuestro primer paso en la titánica empresa de que hablamos. Existe la base; nosotros tenemos que terminar su formación, que definirla. ¿Y cómo? Por medio de la educación popular y luego, quizás, buscando consciente y científicamente la forma de solucionar ese otro gran problema, el de la inmigración, el de la mezcla de sangres. Pero por lo pronto nuestros esfuerzos todos deben concretarse a la educación. No a la instrucción solamente, sino a la educación, en la acepción más lata del término. Esa y no otra es la misión de nuestras generaciones; esa es la misión de la América indo-hispana en el Siglo XX.

El Siglo XIX pasará, ha pasado ya a la Historia como el Siglo de las epopeyas americanas. Sucre, Bolívar, San Martín, Carreras, Maceo, Hidalgo, son nombres que sólo pueden pronunciarse con la mirada al infinito y la rodilla en tierra.

Ellos nos liberaron de la dependencia de un Pueblo de ultramar; ellos con la liberación nos dieron la conciencia de que podíamos existir por nosotros mismos, de que existíamos. Sin ellos no seríamos sino secciones, partes de un todo, majestuoso y chorreante de gloria: de España; pero al fin y al cabo, partes de un todo. Ahora somos por nosotros mismos, existimos. Inferiores o superiores; pero nosotros. Tambaleantes o fuertes; pero nosotros. Con enormes virtudes o profundas lacras; pero nuestras. Existimos! Y eso todo lo debemos a quienes pusieron su corazón y su espada al servicio de la causa libertaria.

Bien, bien está que nos enardecamos y lleguemos al delirio cuando hablamos de nuestros héroes independistas; pero no debemos abandonarnos a la embriaguez del triunfo y considerar terminada la obra con la consecución de la libertad política. Debemos conquistar la otra libertad, la verdadera, sin la cual la que obtuvieron nuestros mayores resultaría inú-

til: la libertad espiritual; la conciencia de lo que somos; de lo que podremos ser; de lo que seremos, seguramente, el día glorioso en que por nuestra voz hable el espíritu. Esa es la obra que el destino nos ha encomendado y que nosotros habremos de realizar por medio de la educación del pueblo.

La espina dorsal de la América no escuchará en este Siglo el sonoro retumbar de los cañones; el Sol no habrá de quebrar sus rayos en los brillantes aceros de geniales capitanes; las elásticas cabalgaduras de esforzados paladines no hollarán con sus cascos la hierba fresca del Continente; no será un Siglo de epopeyas. El tiempo, que todo lo cambia, ha deparado a este Siglo un trabajo menos estruendoso; pero no menos fecundo. Los Sucres, los Bolívares y los Hídalgos de este Siglo serán héroes anónimos. Su única arma será la abnegación. El héroe americano del Siglo XX es el Maestro.

La salvación de nuestros países, especialmente de aquellos que tienen todavía un elevado porcentaje de indígenas, está en la incorporación de ese elemento autóctono a la vida civilizada por medio de la educación. Para realizar esa obra, a la que estamos obligados, dadas las circunstancias, no sólo por nuestra conveniencia SINO POR NUESTRAS CONCIENCIAS; para realizar esa obra ciclópea —digo— lo primero que necesitamos hacer es despojarnos en absoluto de esos rancios y nefastos prejuicios de raza. Afortunadamente ya la Ciencia considera anticuada y deleznable la tesis de que las Razas aborígenes de América son inferiores a las Razas Blancas. Múltiples y reveladores ejemplos nos demuestran a diario hasta qué punto vivió el mundo equivocado por tantos años sobre este importantísimo concepto. Lo que tiene sobre sí la Raza indígena de América es el dolor de cuatro Siglos de abandono; dolor que se traduce en APARENTE falta de capacidades y de ambiciones. Lo que esta Raza necesita para surgir, para resurgir —mejor dicho— es un poco de aliento, un poco de ayuda, un poco de cariño.

Al decir que estuvo abandonada durante cuatrocientos años no pretendo hacer reproches a nadie. Me limito a sentar una verdad tan absoluta como dolorosa. Si alguien hay digno de reproche, no es éste el momento de hacerlo. No es hora de lamentarse de un pasado, sino de forjar un porvenir.

No demos importancia al hecho de que todavía existan los pesimistas—pocos afortunadamente—que miran como utó-

pica toda solución de nuestros problemas a base del elemento natural. La razón de su ceguera es casi incomprensible. Tratemos de convencerlos; pero si no quieren, hagamos punto omiso de ellos. Que sigan añorando el pasado y menospreciando el presente; nosotros vivamos satisfechos del hoy con el presentimiento del mañana.

La Revolución Mexicana, movimiento no político sino social, al que en el extranjero conocen muy pocos en su verdadero significado y alcance, gracias a las involuntarias o malévolas informaciones falsas de ciertos elementos, ha comprendido el problema continental y está tratando de resolver la parte que le toca.

Imposible sería pretender aquí esbozar siquiera las múltiples causas que motivaron nuestra Revolución. Para ello sería necesario hacer un cuidadoso recorrido por toda nuestra Historia. Bástenos decir que una de sus conquistas fue el cambio absoluto, radical del concepto educativo. Antes se instruía a un corto número de privilegiados; hoy se educa a la masa del Pueblo. Antes se ahondaba cada día más la diferencia de castas; hoy se procura la relativa igualdad que es base de todo equilibrio social, de toda verdadera nacionalidad.

Veamos, pues, siquiera sea en algunos de sus rasgos culminantes, cuál es la obra educativa mexicana.

Para mayor exactitud procuraré sólo citar hechos, absteniéndome, en lo posible, de todo comentario y valiéndome, casi sin excepción, de las palabras mismas usadas en la bibliografía oficial mexicana sobre educación que me ha servido de fuente informativa. Mi labor, pues, se concretará a ordenar datos y a presentarlos en la forma más compendiada y comprensible que me sea dado.

Antes de la Revolución nada se había hecho en México que pueda considerarse como verdadero esfuerzo en favor de la educación popular. En el año de 1911 se aprobó «un proyecto de ley por el cual el Gobierno de la República aceptó, en teoría, por primera vez en la Historia de México, la responsabilidad económica de la educación de las masas fuera del Distrito Federal y Territorios». Se establecía la fundación de escuelas de «enseñanza rudimentaria», fijando como fines concretos de esas escuelas «la enseñanza para hablar, leer y escribir Castellano y ejecutar las operaciones fundamentales y más usuales de la Aritmética». La cantidad

que se fijó para el establecimiento de estas escuelas fue insignificante. Esta medida, tardía y raquítica, del Régimen anterior, a la Revolución fué, posteriormente, estudiada por los directores revolucionarios de educación y estos llegaron a la conclusión de que, en vista de señalar el Decreto «QUE HABRIA DE DARSE EN LAS ESCUELAS RUDIMENTARIAS UNA ENSEÑANZA MERAMENTE ABSTRACTA Y DE CARACTER INSTRUCTIVO ABSOLUTAMENTE RUDIMENTARIO, las escuelas que se abrieran» en tales condiciones «serían ABSOLUTAMENTE INUTILES PARA EL PROGRESO DEL PAIS». (1) En efecto, ¿de qué serviría al pueblo aprender poco a poco a leer, irse desanalfabetizando lentamente, si al mismo tiempo no se le daban medios para aplicar sus conocimientos y buscar su mejoramiento económico, moral y social?

¿Cómo resolver el problema? La Secretaría de Instrucción Pública —rama ejecutiva que ahora se llama de EDUCACION PUBLICA— apoyada en las consideraciones anteriores y «dando un noble ejemplo de respeto a la opinión pública y de solicitud de luces a quienes más sabían», antes de llevar a la práctica el Decreto de 1911 «abrió una encuesta pública cuyos resultados teóricos fueron verdaderamente notables; encuesta que marcó nuevos derroteros en materia de procedimientos en las Secretarías de Estado en México, porque se pidió a todos los hombres de buena voluntad, expertos o no expertos en el ramo de educación, su opinión sobre las ventajas que la ejecución del Decreto de 1911 traería, solicitando, al mismo tiempo, inspiraciones o lineamientos para que, de no resultar conveniente ese Decreto, se expidiera una Ley que satisficiera mejor las verdaderas necesidades y aspiraciones del Pueblo». «En esa encuesta se hallan, en germen, casi todos los lineamientos que» se han «procurado imprimir al sistema actual de las Escuelas Rurales, lo que comprueba que la organización actual no responde a una precipitada elaboración de gabinete, ni menos traduce sólo el modo de pensar o de sentir del grupo de hombres a quienes la confianza del Sr. Presidente de la República ha encomendado la difícil misión de resolver u orientar los problemas educacionales de México; sino que es el

(1) Plática del Dr. J. M. Puig Casauranc, Secretario de Educación Pública, a los Miembros de las Misiones Culturales. —“El Sistema de Escuelas Rurales en México”, pp. XVIII y XIX.

fruto de estudios minuciosos, para los cuales, entre otras muchas fuentes», se ha «bebido en esa encuesta, en la que figuran no menos de cincuenta opiniones de expertos y autoridades en materia educacional». Entre esos juicios los hubo pesimistas, pues todavía en esa época había en México, muchas personas que no percibían con claridad lo que hoy, ante la luz meridiana de los hechos, proclaman como una verdad indiscutible. De esa encuesta se desentrañó «lo que podía y debía hacerse.....para la cultura y el beneficio social del Pueblo, partiendo del principio, arraigado muy hondo» en la conciencia revolucionaria, «de que la escuela, la rural particularmente, DE NINGUN MODO DEBE SER UN ESTABLECIMIENTO DONDE SE IMPARTA UNA ENSEÑANZA UNILATERAL ABSTRACTA, MERAMENTE INSTRUCTIVA, COMO QUERIA Y ORDENABA EL DECRETO DE 1911». (1)

Antes de seguir adelante, demos un vistazo a las condiciones del país, al triunfo de la Revolución, al menos en lo que éstas se refieren a las posibilidades de la escuela popular. Eran las siguientes: Enorme diversidad de razas indígenas; comunicaciones deficientes; cierta pasividad y aun prejuicio del indígena y campesino con respecto a todo aquello que se saliera de sus costumbres rutinarias, y muy raquítico estado económico del Pueblo para no mencionar sino las más salientes.

Para formarse una idea clara del problema es indispensable, asimismo, conocer la composición étnica de México: 4 millones de indígenas puros; 8 millones de mestizos y el resto, 3 millones, más o menos, de blancos.

Libros enteros podrían escribirse, en realidad muchos se han escrito ya, sobre las familias indígenas mexicanas, en lo que se refiere a sus diferencias. 49 grupos étnicos están perfectamente clasificados y, según nos dice el Padre Cay «en el Estado de Oaxaca existen 14 distintas tribus o grupos indígenas que hablan 17 idiomas diferentes, dentro de los cuales, de pueblo a pueblo, existen variantes de consideración

(1) Id. id. pp. XIX y XX.

Otras obras consultadas:

“Las misiones Culturales en 1927”, México, 1928.

“Memorias de Educación Pública”, México, agosto de 1930.

“La Educación Rural en México”, Moisés Sáenz, México, 1928.

tal que de un mismo grupo lingüístico no se entienden los de una comarca con los de otra cercana». Sólo el pensar en lo que esta diversidad de idiomas y dialectos significa en la solución del problema educativo mecánico, es bastante para considerarlo gigantesco.

Piénsese ahora en lo que presentaba para estos campesinos e indígenas, acostumbrados desde hace siglos a una vida rudimentaria de trabajo meramente muscular y sin ningún aliciente, la institución de una escuela que iba a sacarlos de su secular ignorancia y para lo cual tendría que valerse de medios que para ellos eran tan exóticos que forzosamente tenían que despertarles enorme sorpresa, por no decir recelo.

El inmenso grupo mestizo es también sumamente heterogéneo, tanto desde el punto de vista biológico, como económico y espiritual.

Como arriba decía, ya afortunadamente, la Ciencia moderna niega en forma rotunda la inferioridad de las razas de color en relación con la blanca, así como la del tipo mestizo con respecto al tipo puro. Existirán diferencias en ciertas capacidades, en ciertos medios de expresión; pero potencialmente, si no existe igualdad, existe equivalencia.

Hay dos factores determinantes en el individuo: la herencia y el medio. En México el Pueblo ha heredado la resignación de muchas generaciones, su terrible indiferencia, su falta de ambición. Pero todo esto, como antes dije, es algo por completo superficial y que obedece al abandono en que se le ha tenido, no sólo de parte de los blancos, sino, lo que es más cruel e incomprensible aún, de parte de los mestizos mismos. Ahora bien, si ese es un hecho consumado, lo que debemos hacer para que esas condiciones se modifiquen es modificar el medio, el ambiente, por el ineludible procedimiento de las escuelas.

Hace un momento he dicho que la falta de ambición del indígena, así como otros de sus defectos que tan alto pregonan sus detractores, es algo meramente superficial. Así es y voy a probarlo. A principios de 1929 se creó en México el Sistema de Circuitos Rurales, a fin de aumentar, por este medio, la incorporación indígena en aquellos lugares a los que, por su escasa población, no había llegado aún la mano reudentora de las Autoridades. Los Circuitos Rurales consisten en lo siguiente: Se toma como centro del Circuito una es-

cuela rural sostenida por la Federación y se determinan algunos puntos en las inmediaciones que carezcan de escuela y en los que LOS VECINOS O EJIDATARIOS SE COMPROMETAN A SOSTENER UN MAESTRO PARA CADA LUGAR EN QUE DEBA FUNCIONAR UNA ESCUELA, bajo la supervigilancia directa del maestro rural de la escuela centro. Como se ve, en este sistema de circuitos, las comunidades llevan toda la carga, pues la Secretaría de Educación Pública sólo ha dado la idea y los primeros pasos; pero son los vecinos los que pagan todos los gastos y sostienen la escuela. Pues bien, ha sido tal el entusiasmo del elemento campesino de México que ya se ha logrado establecer 2.500 escuelas circundantes y esto en el corto lapso de un año y medio! ¿Podemos decir ahora que el elemento del campo no tiene sed de elevarse? No, categóricamente no. Lo que necesita es que se le ponga en condiciones de hacerlo; que se le diga: mira, tú eres capaz de mejorarte, no tengas desconfianza en tí mismo, yo procuraré ayudarte; pero tú haz un esfuerzo y te aseguro que triunfarás. Eso se ha hecho en México y tales es el fruto maravilloso que estamos recogiendo.

Entremos ahora a ver lo que, después de innumerables tantos, de grandes errores y de grandes aciertos, es en la actualidad nuestra escuela rural. Diremos primeramente que en ella se procuran realizar cuatro «valores» claramente definidos: EL INSTRUCTIVO, EL UTILITARIO, EL DISCIPLINARIO Y EL SOCIALIZANTE DE CULTURA.

El primero comprende la enseñanza no sólo del idioma en sus tres aspectos: hablar, leer y escribir, sino, asimismo, de nociones de materias como Aritmética, Geografía, Historia y otras, que todo hombre consciente necesita para estar en condiciones de ampliar sus horizontes.

EL VALOR UTILITARIO O PRACTICO se logra con las nociones de agricultura y aplicaciones industriales que se dan en las escuelas rurales, de acuerdo con los cultivos regionales o convenientes para cada región y con las materias primas susceptibles de utilizarse en cada zona.

EL VALOR DISCIPLINARIO se obtiene por medio de la acción constante del maestro sobre el niño, llamando su atención hacia sus deberes y obligaciones como individuo y como miembro de una colectividad, con lo que habrá de obtenerse que el niño, al ser hombre, sea un factor consciente y útil

para el avance y desarrollo del país, tanto en el terreno material como en el espiritual.

Finalmente, tenemos el VALOR SOCIALIZANTE DE CULTURA, en cuyo favor mucho han hecho las MISIONES CULTURALES. Estas Misiones Culturales son una de las instituciones más benéficas de nuestro sistema educativo popular. Su cometido es el de estar en continuo contacto con los maestros rurales y con las comunidades, procurando elevar su nivel moral y cultural; planteando y discutiendo los problemas locales y nacionales; hablando lo mismo de nuestras virtudes que de nuestros defectos, para crear por ese medio la conciencia nacional, el alma mexicana. Su vida es un verdadero apostolado y habrá de escribirse en la Historia con los firmes caracteres con que están escritas las de los grandes benefactores de la Humanidad.

Una de las mayores dificultades que se presentaron cuando se pensó en la implantación, en gran escala, de las escuelas rurales, fue la cuestión del personal docente. Al abrir hasta mil escuelas en un año era materialmente imposible contar con gente entrenada para encomendárselas. No era el tipo del normalista el que se necesitaba. Era menester crear una nueva clase de maestros. Así se hizo. En un principio se aceptó a todo aquel que tenía entusiasmo por la obra, abnegación y energía para llevarla a cabo y la mayor instrucción que fuera posible. Fue entonces cuando se ideó el establecimiento de las Misiones Culturales. Ellas están formadas por grupos de expertos: un maestro, un agrónomo, un conocedor de pequeñas industrias, un profesor de educación física y una trabajadora social. Estos grupos recorren el país y en cierto lugar reúnen a 40 ó 50 maestros rurales de la región y con ellos celebran una especie de instituto, en el que se estudian los problemas locales, buscando la forma de resolverlos prácticamente. El maestro-alumno recibe clases de teoría, de técnica, de enseñanza y de administración. Además, la Misión Cultural hace labor social en la comunidad: vacuna, reúne al vecindario, organiza programas recreativos. Todo esto va precedido de un cuidadoso estudio de la comarca, que es el que determina la forma y sistema de trabajo. Terminada su labor, después de cuatro semanas, la Misión Cultural cambia de lugar y lleva a otro punto del país su acción benéfica, por medio de la cual se ha logrado mucho en lo que ata-

ñe a la formación del maestro rural y a la socialización del pueblo.

Además de las 14 Misiones Culturales que actualmente recorren la República derramando bienes a quien quiera recibirlos, existen las Escuelas Normales Rurales que, en número de 13, están desarrollando una labor sumamente benéfica en lo que se refiere a mejorar la calidad de los maestros rurales.

Hay que hacer notar que cuando la Misión Cultural se ha ido de un punto, la obra socializante sigue, gracias a la semilla sembrada y que el maestro rural cuida celosamente. En todas las comunidades se percibe la franca y valiosísima colaboración que los vecinos prestan a la escuela y los beneficios inmensos que ésta, a su vez, aporta a la comunidad. Es imposible determinar en dónde está la línea divisoria entre la vida escolar y la del pueblo, tal es su interdependencia. La escuela hace ferias y exposiciones, inicia la construcción de caminos, trabaja en obras de irrigación y de acueductos urbanos, influye para que se establezcan oficinas de correos y para que se tiendan líneas telefónicas y telegráficas, habiendo casos en que los alumnos mismos toman parte activa en dichos trabajos; da cursos nocturnos para adultos, forma cooperativas de menores y mayores; en una palabra, la escuela se convierte en un foco de vida. Ya el educador Juan Dewey, cuya vida de apóstol de las nuevas tendencias educativas, da un relieve importantísimo a sus palabras, ha dicho que «no hay en el mundo movimiento educativo que presente mayor espíritu de unión íntima entre las actividades escolares y la comunidad, que el que se encuentra en la nueva escuela rural mexicana.»

El Departamento de Escuelas Rurales, Primarias, Foráneas e Incorporación Cultural Indígena de la Secretaría de Educación Pública desarrolla su nobilísima labor no sólo por medio de escuelas, sino mediante toda especie de propaganda cultural y campañas deportivas, antialcohólicas, higiénicas y sanitarias. Actualmente cuenta con escuelas de 6 diversas índoles, cada una de las cuales responde a una necesidad especial, aunque todas ellas unidas en la idea básica de elevación de los humildes y consolidación de la nacionalidad.

Estas diversas clases de escuela son:

Primero.—*Escuela tipo* que, como su nombre lo indica, sirve de modelo, de guía, de estímulo a las demás escuelas que se funden en la región en que ella está ubicada.

Segundo.—*Escuela fronteriza*. Estas escuelas están establecidas en la frontera Norte del país y su objeto es contrarrestar la influencia extranjera. A fin de que no estén en nivel inferior con respecto a las que existen al otro lado de la línea divisoria, se han establecido en ellas ciertos cursos especiales que las colocan en condiciones de ser preferidas por los padres de nuestros niños, ya que, siendo tan buenas como las cercanas extranjeras, son además y principalmente mexicanas. La institución de estas escuelas no obedece a ningún antagonismo de raza, sino que es, simplemente, una manifestación práctica del instinto de conservación de nuestra propia cultura.

En tercer lugar vienen las *Escuelas Urbanas y Semi-Urbanas*, cuya labor es semejante a la de las rurales, modificada conforme al medio en que deben actuar.

Tenemos luego las *Escuelas Rurales*, obra magna, corona gloriosa de nuestro sistema educativo y las *Escuelas de Circuito*, cuya rápida difusión habla tan elocuentemente del deseo que tiene el Pueblo de educarse.

Finalmente, tenemos los *Internados Indígenas*, cuyo objeto es el llevar a cabo ensayos prácticos de incorporación de los indígenas a nuestra cultura.

Hemos visto ya, aunque muy a la ligera, los medios que se emplean en este aspecto de la educación popular mexicana. Veamos ahora el grado en que se emplean. Pasemos de lo cualitativo a lo cuantitativo. Según la última Memoria de la Secretaría de Educación Pública teníamos:

- 24 Escuelas Primarias Tipo;
- 4 Escuelas fronterizas;
- 331 Escuelas Urbanas y Semi-Urbanas;
- 3.700 Escuelas Rurales, y
- 2.500 Escuelas Circundantes.

Es decir, un total de 6.500 escuelas, en números redondos, con un personal docente compuesto por 8.500 maestros y con una inscripción en el año de 1929 que asciende a la elevada y consoladora cifra de cerca de 400 mil individuos, entre niños y adultos. A los internados indígenas concurren en el segundo semestre de 1929 cerca de 80 mil indígenas de pura raza, lo que quiere decir que este enorme número de jóvenes indios, al volver a los pueblos de donde son

oriundos, laborarán eficientemente en favor de sus hermanos de raza.

Para bien entender el valor de las cifras anteriores debe tomarse en consideración que sólo se refieren a la obra Federal, sin tomar en cuenta la obra de los 28 Estados que forman nuestra Federación. Cada uno de los Gobiernos Locales desarrolla por sí una labor intensa, inspirada en este mismo ideal de mejoramiento popular. Sea suficiente decir, para dar una idea de lo que las Entidades Federativas hacen en este sentido, que la reciente Asamblea Nacional de Educación acordó que, en lo sucesivo, cada Estado tenía el deber básico de destinar no menos del 40 por ciento de sus presupuestos respectivos al ramo de educación.

Y aquí surge otro de los muy importantes aspectos de nuestra campaña educativa, que sólo podrá mencionarse: la coordinación entre la obra educativa federal y la de los Estados, a fin de que no sólo no se estorben ni se desperdicien sus respectivos esfuerzos, sino que se eslabonen y complementen. Mucho se ha hecho y se está haciendo en este sentido, con magníficos resultados.

Varios otros puntos serían de interés en este corto resumen del esfuerzo educativo mexicano; pero la limitación del tiempo no permitirá sino enunciarlos.

Entre ellos está, en lugar preferente, el abaratamiento del libro, en especial del libro de texto. Para ello se ha obtenido, mediante gestiones especiales, la reducción del costo de los textos escolares en un 40 a 80 por ciento. Sin embargo, ahora se ha puesto en práctica el concepto de ESTADO PUBLICISTA, procedimiento que promete espléndidos resultados. La distribución gratuita de libros es actualmente fabulosa. En el curso de este año se han repartido más de UN MILLON CIEN MIL libros o colecciones de libros sobre asuntos culturales al alcance del Pueblo.

Asimismo, es interesante el criterio que rige en México respecto a la educación femenina. Hemos borrado la idea de inferioridad intelectual y de acuerdo con esto estamos procediendo.

Otro punto que no puede omitirse es el que se refiere a la campaña de acercamiento internacional que se está llevando a cabo en la escuela mexicana. Se hace fraternizar a los niños mexicanos con los niños de cualquier raza o religión, por medio del establecimiento de correspondencia infantil, in-

tercambio de obsequios y de retratos de héroes, de hombres de Ciencia, de artistas, envío mutuo de obras literarias, etc. Con esto se hace al niño mexicano un hermanito de todos los niños de la Tierra.

De muchas otras cosas quisiera hablar: del escalafón y del seguro de los maestros, así como de las otras prerrogativas de que gozan; de la protección a la infancia; de los teatros al aire libre; de la casa del campesino; de las estadísticas escolares y de mil asuntos cuyo conocimiento es necesario para formarse una idea integral de la obra educativa mexicana. No obstante, debo abstenerme en beneficio de la brevedad.

Y cuando vemos toda esta máquina educacional funcionando matemáticamente, cuando contemplamos este edificio construido a costa de tanto esfuerzo, de tanto sacrificio, nos preguntamos: ¿hemos terminado ya? No, aun estamos en el principio de la obra redentora. Todo esto, con ser enormemente grande y profundamente noble, no es sino el principio; falta mucho para terminar; eduquemos a nuestros hijos para que perseveren en el santo esfuerzo.

Es por eso que yo, como mexicano y como hijo joven de la joven América, veo con profunda admiración, con inefable respeto, la obra que aquí, en este país hermano, desarrolla un puñado de hombres jóvenes como yo. Un grupo de muchachos que, exajerados quizás en algunos momentos por el impetu mismo de sus corazones generosos y de sus cerebros progresistas; mal interpretados muchas veces por obra de prejuicios o ignorancia de sus verdaderas tendencias; pero nobles siempre en la lucha por conseguir su ideal, ha logrado realizar la institución de esta Universidad Popular.

Empezaron sin recursos, con una serie interminable de dificultades, como empiezan siempre los renovadores; pero a fuerza de constancia, a fuerza de buena fe, de confianza en sí mismos y en sus ilusiones, han llegado a convertir su sueño en realidad viviente. 600 alumnos tiene ahora la Universidad Popular; 600 individuos que tienen ya un concepto claro y justo de la vida y quienes, en virtud a la divina aritmética de la enseñanza, habrán de multiplicarse y llegar a miles en un futuro cercano.

El esfuerzo de estos muchachos, unido a los numerosos y muy loables que las Autoridades están desarrollando en este mismo sentido, es para nosotros, peregrinos fugaces, la

más clara prueba de que no estamos equivocados; de que algún día seremos dignos de que por nuestra voz hable el espíritu.

Seguid, pues, adelante; no desfallezcáis ante los obstáculos que puedan presentarse, arrolladlos con vuestra abnegación y con vuestra constancia. Si así lo hacéis, muchachos-maestros, la Patria y la Humanidad habrá de incluirlos en la pléyade heroica de los libertadores del Siglo XX y la memoria de esta generación habrá de consagrarse por su noble cruzada, cruzada de redención, cruzada de libertad espiritual, cruzada de amor.



ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL